

Presentación de Judith Butler
Doctorado Honoris Causa

Me corresponde —y es un honor definitivamente inmerecido— presentar a Judith Butler con ocasión del otorgamiento del doctorado honoris causa de la Universidad de Chile. Es un honor y un desafío, porque para presentar debidamente a Judith Butler es preciso hacerse cargo de un proceso de pensamiento y de acción, de actuación pública y de activismo político y social abierto y colaborativo con quienes, dentro de la academia, en las tareas de investigación, de interpretación y crítica, de enseñanza, y fuera de ella, en las luchas por la emancipación, buscan mantener abierto un futuro posible y vivible en el cual la violencia no sea un mero hecho normalizado y sustentado por las estructuras de poder, buscan, pues, que a las vidas les sea permitido medrar en la riqueza de sus incalculables diferencias y en la inventiva de siempre nuevas formas de relación y de vida. Dentro y fuera: también en las conversaciones y acciones del espacio público, al cual los claustros universitarios debieran estar atentos, ser sensibles a su devenir. Entonces, es un proceso que se despliega en la soledad del estudio, que también es conversación con las voces y las vidas —reales o imaginarias— que se estudia, en el intercambio con las y los estudiantes y también en medio de las luchas sociales por el fin de la violencia contra las mujeres, las minorías de género, los migrantes, las minorías étnicas y raciales, luchas, asimismo, por el cuidado del planeta, por el control social de los intereses expoliadores de los grandes capitales transnacionales, por una apertura de

opciones de existencia que no estén reducidas al menú mezquino que ofrece el mercado.

Judith Butler, figura fundamental de la filosofía contemporánea, vio tempranamente establecido —desde la publicación pionera de *Gender Trouble* en 1990 y luego *Bodies that Matter* en 1993— su prestigio internacional como pensadora preeminente del feminismo, de la teoría de género y de la teoría queer y trans, desde una perspectiva rigurosamente crítica y profundamente innovadora, que, discutiendo con las principales tendencias filosóficas del presente, ha retroalimentado los debates contemporáneos en diversos terrenos: la filosofía misma y, desde luego, los estudios de género, pero también la antropología, el psicoanálisis, la teoría social, la teoría política, el derecho y la teoría de la cultura.

Al mismo tiempo, toda su pródiga obra, rica en proposiciones y provocaciones, fina y sensible, vibrante de notable inteligencia y afectividad, representa también una contribución absolutamente decisiva a las humanidades, hoy, a su estatus y sus perspectivas, a las condiciones restrictivas bajo las cuales tienen hoy que desenvolverse en el formato actual de la institución académica neoliberal.

Ayer, en la inauguración de CiEFAH, Judith Butler ofreció una conferencia sobre “Crítica, disenso y el futuro de las humanidades” que hizo hincapié en estos aspectos.

Tenemos múltiples evidencias de cómo hoy las humanidades son acosadas en muchos países del mundo, tanto en aquellos en que se han hecho del poder político fuerzas rabiosamente conservadoras,

bajo lemas que dan por naturales convicciones ideológicas sobre la familia, la sexualidad, la raza, la clase, como también en aquellos en que dominan sectores cuyo discurso y cuya acción tienen características decididamente fascistas. La diferencia entre unas y otros es borrosa, difícil de establecer, porque la coincidencia en prejuicios, credos, actitudes y odiosidades es extensa, y en verdad comparten algo más profundo: comparten el miedo a lo diverso y lo diferente, y nada es más peligroso que el miedo cuando tiene poder. No solo lo sabemos por los testimonios que la historia nos alcanza. Lo sabemos en carne propia, porque esa carne lleva las trazas, las llagas y las marcas de nuestra propia historia, inscritas como hendiduras en la biografía de nuestros cuerpos, de nuestras almas.

Pero no se trata solamente de situaciones flagrantes. El estado general de cosas es adverso a las humanidades precisamente por las características estructurales que determinan ese estado.

Las humanidades son molestas hoy, aun en su mero ejercicio erudito, y cuanto más si —inevitablemente— se ven llevadas a pronunciar juicios críticos sobre los contextos en que son cultivadas. Por eso son también, inevitablemente políticas, o bien les cabe una responsabilidad política que es absolutamente inexcusable. Su vocación crítica obliga a quienes han hecho de ellas tarea de reflexión, de conocimiento y de vida a ser conscientes, a tener lucidez acerca del hecho de que esta decisión tiene hoy —y en verdad ha tenido siempre— un sentido y un alcance políticos.

Pertenece a las humanidades la voluntad de saber en común de lo común y en pro de lo común. Por eso, desde un comienzo están ellas

comprometidas con lo público. Su estructura epistémica es discursiva (a diferencia de una estructura basada en el cálculo) y el principio de articulación del espacio público es el discurso; comparten ambos el lenguaje natural como medio. Ambos nacen y renacen en la escena de la conversación de la comunidad. Y las humanidades tienen responsabilidad en cuanto a mantener una proximidad crítica con el discurso que se intercambia en la esfera pública. El asunto de las humanidades siempre está *afuera*, nunca exclusivamente recluso en el claustro.

Que hoy las humanidades sean reducidas y restringidas, que su misma condición de forma originaria y ejemplar de pensamiento sea empujada a los márgenes de la institución contemporánea de conocimiento, es algo que tiene que ver esencialmente con el hecho hoy generalizado de una crisis de lo público. No hablo de la crisis que le es inherente: lo público es frágil porque es el espacio de concurrencia de los intereses, las fuerzas y los poderes y asimismo de las capacidades para hacer del discurso su vehículo e instrumento. Hablo de la tendencia a una clausura de lo público bajo la forma paradójica de una absoluta y obscena publicidad, que es un modo perverso y ciertamente mercantil de privatización de lo público.

El compromiso político de las humanidades es un compromiso con aquello que en lo humano es potencia, posibilidad y conato; no lo humano como algo dado y como algo que damos por sentado, sino como algo en proceso de (interminable) gestación, de constante diversificación. El compromiso político de las humanidades se ejerce, entonces, en la potencia de pensar más allá de lo que actualmente se

nos impone como “humano”, con efecto de exclusión y segregación, en la potencia de interesarse por otras vidas y por el espesor que traen consigo, en la potencia de abrirse a la complejidad del mundo y de la existencia, en la potencia, en fin, de dejarse afectar por lo diverso, lo foráneo, lo irreductible. Es la potencia crítica de las humanidades.

La crítica está en el eje del pensamiento y la acción de Judith Butler. En ella son inseparables teoría crítica y práctica crítica. Pero no se trata de teoría aplicada ni tampoco de llevar a la práctica la teoría. El proceso de pensamiento y de acción y actuación al que me refería al principio es un proceso de constante y mutua retroalimentación, que impide que la teoría se convierta en una normativa rígida, en la medida en que es contrastada con la contingencia y la coyuntura. Lo que, por cierto, no implica una renuncia o una impugnación radical de toda normatividad, en desconocimiento de que somos precedidos y producidos como sujetos en la medida en que somos insertados y nos insertamos dentro de marcos normativos. Se trata de una normatividad crítica, que entiende precisamente, por una parte, que las normas son configuradoras de subjetividad, pero que en ese mismo alcance tienen sobre esta subjetividad una eficacia determinante, de sujeción. Por otra parte, en la medida en que la crítica incentiva la lucidez del sujeto acerca de esta eficacia sojuzgadora, posibilita y estimula la desujeción, la relación crítica del sujeto con las normas en el contexto de su inserción concreta y siempre corpóreamente condicionada, corpóreamente actuada, en circunstancia, coyuntura y urgencia.

La crítica no es negativa ni destructiva: en ello insiste Judith Butler. Si acaso en alguno de sus momentos es destructiva, diría yo, lo es solo en la medida en que la afirmación de lo posible, de lo inanticipable, es decir, de un futuro, un porvenir emancipado hace necesario el desmontaje de aquello que lo impide, que lo ciega. La crítica es, esencialmente, una potencia afirmativa.

Ayer decía Judith Butler: “Podemos, pues, bajo condiciones de cambio climático y militarismo acrecentado, destrucción de la selva tropical y intensificación de la pobreza y la precariedad, violencia contra inmigrantes, mujeres, transexuales y travestis, podemos llegar a la conclusión de que no hay futuro, o que el futuro parece ser simplemente una reproducción de la violencia y la desigualdad. Pero si decimos eso, hemos renunciado al futuro, porque hemos tomado el momento presente, una parte del momento presente, y la hemos generalizado sobre la base de ese momento, permitiendo que el momento de desesperanza política se reproduzca interminablemente en nombre del futuro.”

Esta, me parece, es una lección esencial. Podemos creer que vivimos la derrota de las expectativas, los conatos, los deseos de emancipación y que hemos arribado a una suerte de continuum que, en el mejor de casos, se revolverá sobre sí mismo para volver a empezar. Pero también podemos ver en el hostigamiento de las vidas hasta el límite de la subsistencia y aun más allá —un hostigamiento que no es meramente ocasional, sino que es el modo de operar y dominar de un sistema—, podemos ver en él no solo asolación, que lo es, sino también y sobre todo la respuesta de esas mismas vidas o de

aquellas que las sobreviven, de esas mismas vidas sobreviviéndose en el límite de la extenuación, persistiendo. Hambre, marginalización y segregación, pobreza extrema, enfermedad, vejez, desposesión y desamparo y todas las formas de violencia explícita o solapada que sufren quienes han sido expulsadas o confinadas en los eriazos de lo social, no pueden ser vistas simplemente como la confirmación de que el impasse en que nos encontramos es calle ciega, sino, aun allí donde la vida misma ya no parece ser posible y sin embargo porfía, podemos ver y atestiguar —y *afirmar*— una potencia, una esperanza, un conato y un deseo, una promesa irrenunciable.

La fidelidad a esta promesa, creo, es el corazón de lo que Judith Butler nos propone compartir.

Judith Butler nos ha regalado—con un vigor, una persistencia y una entereza ética y política que admiro sin reserva y sin límite— un modo de pensar y de actuar que mantiene un raro equilibrio entre la disposición al diálogo y al debate, con una apertura no solo al discurso, sino también a las diversas formas de vida de las otras personas, formas de vida, también, de aquellas y aquellos a quienes les es negada la condición misma de persona. Su pensamiento, su escritura, su palabra y su acción constituyen un ejercicio ejemplar de la responsabilidad moral y política que les cabe a las y los intelectuales en los difíciles tiempos que vivimos, sin ceder al riesgo ni temer la necesidad de traspasar límites y fronteras de los modos heredados y la mayoría de las veces naturalizados de representación de lo humano. Todo ello hace de Judith Butler una personalidad fundamental en la reivindicación y la promoción del conocimiento y la

acción pública. El doctorado honoris causa que hoy le otorga la Universidad de Chile es la expresión del compromiso que nuestra institución tiene, que *debe* tener con su propia vocación pública.

Gracias, querida Judith Butler.

*Pablo Oyarzun R.
5 de abril de 2019*